



## Encuentro diocesano de inicio de curso pastoral 2014

### **Misa por la Iglesia. Leccionario VI.**

Lecturas: Ez 34, 11-16; 1Cor 12, 3b.7-12; Salmo 95; Jn 15, 1-8.

---

Queridos hermanos:

El Señor nos ha convocado a esta Eucaristía para un renovado encuentro con Él, que nos llene de alegría, esperanza y fortaleza para la misión a la que nos envía en el curso pastoral que estamos comenzando.

Es la primera vez que celebramos esta fiesta del envío de todos los “discípulos misioneros” que habéis asumido diversas formas de compromiso apostólico como agentes y colaboradores en la tarea pastoral diocesana. Y seguro que no es casualidad, sino fruto de la Providencia de Dios y de la acción de su Espíritu, que guía los pasos de nuestra Iglesia diocesana en el inicio de su Asamblea para la propia renovación espiritual y evangelizadora.

La Palabra de Dios nos ha ofrecido luz para comprender y vivir rectamente nuestra vida cristiana y nuestra misión. Dios nos ha revelado a través del profeta Ezequiel sus sentimientos y su actitud de Pastor de Israel, que anuncia su compromiso de salir en persona a buscar a sus ovejas siguiendo su rastro por todos los lugares donde se han dispersado, para congregarlas de nuevo y apacentarlas en los montes de Israel, en donde les asegura la curación de las heridas y enfermas y el descanso, bajo cuidado vigilante de buen pastor. Es una bella descripción de la restauración que Dios promete a su pueblo a la vuelta del destierro.

El texto de San Pablo nos ha descrito la realidad misteriosa, sacramental, de esta comunidad litúrgica congregada aquí como Cuerpo de Cristo, con variedad de miembros unidos por el mismo Espíritu, que habita en cada uno de nosotros, nos infunde la fe en Jesús, el Señor, y nos otorga los dones necesarios para la vida en común y para llevar a cabo la misión de Jesús en diversos ministerios, funciones y servicios.

Y el Evangelio de Juan nos ha recordado que los bautizados somos sarmientos injertados en Cristo, la vid verdadera. Y hemos de permanecer en Cristo, para que él permanezca en nosotros y dé su fruto en nuestra vida. Porque sin él no podemos hacer nada. Separados de él somos leña seca destinada al fuego. Permaneciendo en él, el Padre nos cuida y nos poda para que demos más fruto como discípulos de Jesús, y nos concede lo que necesitamos y le pedimos para darle gloria con nuestra vida.



Fieles a la enseñanza recibida en su Palabra, suplicamos hoy todos juntos al Señor que nos introduzca en su corazón abierto y nos haga participar de sus sentimientos y actitudes; que nos acoja con ternura y nos deje gozar de su compañía y su íntima amistad; que nos ilumine con su luz y nos levante el ánimo del corazón para no desfallecer y volver a empezar siempre de nuevo a seguirle con más fidelidad y participar de su vida y misión con más intensa alegría.

Desde este renovado encuentro personal con el Señor podemos sentir la alegría de su llamada a ser “discípulos misioneros” y “evangelizadores con Espíritu”. Reconocemos que la primera motivación para evangelizar es el encuentro personal con el amor de Jesús que nos salva y que nos mueve a amarlo siempre más y a darlo a conocer. Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. La mejor motivación para decidirnos a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor. (Cf. EvGa 264). Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos con alegría su mirada de amor. “¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva!” (EvGa 264). Porque “no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo” (EvGa 266). Esta experiencia personal nos ayuda a comprender que el Evangelio **responde a las necesidades más profundas** de las personas y que la tristeza del hombre solo se cura con el amor infinito de Dios. (Cf. EvGa 265). Por eso nos inquieta “que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida.” (EvGa 49). Y en estas miradas de amor a Jesucristo y a los hombres de nuestro tiempo se alimenta cada día nuestro aliento evangelizador.

En esta Eucaristía suplicamos la gracia de experimentar con renovada intensidad la alegría de la comunión con Cristo, para asumir su llamada a la dulce y confortadora tarea de evangelizar. Ésta es *la tarea primordial y el mayor desafío* para la Iglesia en el tiempo presente. Y debe ser también la fuente de nuestras mayores alegrías. (Cf. EvGa 15).

La evangelización obedece al mandato misionero de Jesús: “Id y haced discípulos a todos los pueblos” (Mt 28,19). “Hoy, en este ‘id’ de Jesús, están presentes los escenarios y los desafíos siempre nuevos de la misión evangelizadora de la Iglesia, y todos somos llamados a esta nueva ‘salida’ misionera”, para “llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio.” (EvGa 20) Esta es la tarea que hoy nos comprometemos a asumir en los ámbitos diocesanos de la catequesis, la liturgia, la



Carlos López Hernández

enseñanza, la vida de especial consagración, el apostolado laical en las cofradías y demás asociaciones y movimientos, así como en el ejercicio de la caridad y la atención a los enfermos y discapacitados, a los pobres, los presos y todos los excluidos de la vida social. Anhelamos llevar la luz del Evangelio a las familias y a sus hijos: niños y adolescentes, así como a los jóvenes, sean éstos estudiantes universitarios o trabajadores. Todos estos campos de misión, donde hace más falta la luz y la vida nueva del Resucitado, están especialmente presentes hoy en nuestra oración y a ellos nos sentimos enviados en particular algunos de los discípulos misioneros aquí presentes. (Cf. EvGa 30). Y tenemos bien en cuenta que Jesús se identifica especialmente con los más pequeños y nos encarga a sus discípulos escuchar el clamor de los pobres (Cf. EvGa 193, cuidar a los más frágiles de la tierra (Cf. EvGa 209) y prestar atención a las nuevas formas de pobreza y fragilidad. (Cf. EvGa 210).

Todos nosotros suplicamos hoy ser inundados por la alegría misionera del Evangelio, que vivió en primer lugar Jesús al revelar el misterio del Reino a los pobres y pequeños (cf. Lc 10,21), y que experimentaron “los setenta y dos discípulos, que regresan de la misión llenos de gozo (cf. Lc 10,17). Igualmente la sintieron llenos de admiración los primeros que se convirtieron al escuchar predicar a los Apóstoles “cada uno en su propia lengua” (Hch 2, 6) en Pentecostés. Entonces y ahora esa alegría debe ser un signo de que el Evangelio es anunciado y está dando fruto. (Cf. EvGa 21).

Ahora como en los primeros tiempos de la Iglesia, estamos llamados a ser una comunidad evangelizadora que se adelanta y toma la iniciativa sin miedo; que sale al encuentro, busca a los lejanos y llega a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Y todo ello como fruto de un deseo inagotable de brindar la misericordia que ha recibido del amor infinito del Padre. En consecuencia, pedimos hoy la gracia de asumir con obras y palabras la vida cotidiana de los demás, tocando la carne sufriente de Cristo en su pueblo. (Cf. EvGa 24).

Los agentes pastorales pedimos hoy al Señor que nos renueve espiritualmente y haga capaces de superar las actitudes personales y los procedimientos pastorales que nos encierran en nosotros mismos y generan en nosotros cansancio interior, nos roban la alegría evangelizadora y nos sumen en el pesimismo y en la conciencia de derrota (cf. EvGa 81-85). Anhelamos la gracia de buscar siempre la gloria de Dios y la salvación de los hombres por encima de la gloria y el interés personal (Cf. EvGa 93). Así pues, pedimos que el Espíritu Santo opere en nosotros el milagro de descentrarnos de nosotros mismos y centrarnos en el Señor y en su misión, de la que Él nos hace partícipes.

Sabemos que sólo gracias al encuentro con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados del encerramiento en nosotros mismos y llegamos a la plenitud humana en Cristo. Solo cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos, alcanzamos nuestro ser más verdadero. “Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?” (EvGa 8). Por eso, rogamos al apóstol Pablo que nos ayude a interiorizar que `El amor de Cristo



nos apremia' (2 Co 5, 14); y a exclamar con él: '¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio! (1 Co 9, 16). (Cf. EvGa 9).

Cuando la Iglesia convoca a la tarea evangelizadora muestra a los cristianos el verdadero camino de la realización personal y les descubre la ley profunda de la realidad humana: "que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión". (EvGa 10). Desde esta experiencia pedimos la gracia de recobrar y acrecentar el ardor y la dulce y confortadora alegría de evangelizar.

La tarea evangelizadora, en la que por encargo y gracia del Señor estamos colaborando con generosa fidelidad, no es una heroica tarea personal nuestra; la obra es ante todo de Él, más allá de lo que podamos descubrir y entender. La verdadera evangelización es "la que Él inspira, la que Él provoca, la que Él orienta y acompaña de mil maneras. Esta convicción nos permite conservar la alegría en medio de una tarea tan exigente y desafiante que toma nuestra vida por entero. Nos pide todo, pero al mismo tiempo nos ofrece todo." (EvGa 12).

Con la confianza puesta en Jesucristo, los agentes pastorales de la Diócesis de Salamanca asumimos hoy de nuevo con alegría y esperanza la tarea que nos corresponde en esta nueva etapa de evangelización. Y lo hacemos en actitud de contemplación y de súplica, para que el Señor nos conceda la gracia de ser Evangelizadores con Espíritu, abiertos sin temor a la acción del Espíritu Santo en un renovado Pentecostés. Pedimos el fuego del amor del Espíritu que nos haga salir de nosotros mismos y nos infunda la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia en todo tiempo y lugar, incluso contra corriente. Apoyados en la oración, deseamos anunciar el Evangelio con palabras y con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios (EvGa 259).

En esta celebración os llamo a todos a tomar parte muy decisiva en nuestra Asamblea diocesana para alentar y orientar en nuestra Diócesis de Salamanca una nueva etapa evangelizadora, llena de fervor y dinamismo (Cf. EvGa 17), y para promover nuestra renovación personal e institucional, que favorezca la fidelidad a la vocación evangelizadora (Cf. EvGa 26 y 30) en "espacios motivadores y sanadores para los agentes pastorales" (EvGa 77). Estas son metas que necesitamos buscar juntos, en comunión con Cristo y con su Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo. (Cf. EvGa 33). Llenos del Espíritu podremos vivir la participación en la Asamblea diocesana no como una pesada obligación, sino con espontánea libertad interior y con ánimo fervoroso, alegre, generoso, responsable y audaz. (Cf. EvGa 261).

Nuestra participación en el misterio pascual de Cristo nos concede la gracia de experimentar que quien se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. *Jn* 15,5), aunque tal fecundidad será muchas veces invisible y no podrá ser contabilizada. "Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo... A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la



Carlos López Hernández

misión no es un negocio ni un proyecto empresarial... es algo mucho más grande, que escapa a toda medida... El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria. Aprendamos a descansar en la ternura de los brazos del Padre en medio de la entrega creativa y generosa. Sigamos adelante, démoslo todo, pero dejemos que sea Él quien haga fecundos nuestros esfuerzos como a Él le parezca.” (EvGa 279).

Que el Padre de nuestro Señor Jesucristo nos regale la alegría del Evangelio de su Hijo y nos infunda la luz y el amor de su Espíritu, para que seamos testigos fieles y audaces del Evangelio en un renovado Pentecostés

Salamanca, 27 de septiembre de 2014